**ARQUIDIÓCESIS DE TOLUCA**

**Comisión de Pastoral Profética**

***Dimensión Misiones***

**Misión programática 2021**

**Catequesis Pascuales**



**2ª Catequesis Pascual**

***La comunidad, convocada y reunida, para ser testigos del Resucitado.***

**Experiencia Humana.**

“El reloj daba las 8 de la mañana, la tristeza invadía el ambiente cuando los comerciantes, dueños de pequeños negocios, empezaron a llegar al lugar donde días atrás trabajaban para llevar el sustento a sus hogares y buscar el bienestar de sus familias. Uno a uno, fueron apareciendo para intentar recuperar parte de sus mercancías que, en la noche anterior, vieron arder en llamas. El pequeño comercio del barrio había quedado reducido a cenizas luego de que un poderoso incendio consumiera todo lo que encontró a su paso. Ninguno de los presentes salía del letargo, el día avanzaba y, tímidamente, se acercaban a husmear, entre los escombros, algún anhelo de no haberlo perdido todo.

Con el paso del tiempo la fe de algunos empezó a cobrar fuerza, la idea de rescatar algo y la esperanza de reconstruir lo que algún día fue un próspero comercio se apoderó de la mayoría, con lo que el dolor de la pérdida se hizo más leve. El humo que salía de algunas áreas del mercado daba cuenta de la violencia de las llamas y poco se podía hacer porque la pérdida era inevitable. Algunos, incluso, se atrevían a circular por los oscuros pasillos, contemplando la posibilidad de rescatar algunas de sus pertenencias.

En las primeras horas de la tarde el cansancio se pudo ver en el rostro de quienes, la noche anterior, intentaron combatir las llamas al lado de los valientes bomberos que, finalmente, lograron sofocar el fuego cuando ya había consumido el lugar casi totalmente. Eleonora, una humilde mujer trabajadora tenía un pequeño espacio donde vendía helados de crema, un negocio que le permitía ofrecer a sus hijos alimento, una vivienda digna y educación. Comentaba que lo único que pudo rescatar fue una nevera, pero no sabía si funcionaba porque estaba ahumada y llena de ceniza. Estamos sacando lo que podemos de nuestros negocios. Pudimos rescatar un refrigerador, pero la mercancía se perdió. A nosotros nos da mucha tristeza, porque muchas familias dependen de los negocios, pero tenemos fe que vamos a salir adelante con la ayuda de la gente y de las manos amigas.

¡Quedamos en la ruina! fue la voz de don Otoniel, propietario de una pequeña venta de maletas en el fondo de la bodega. Hoy llegó temprano a su local, donde cada día recibe a algunos clientes, solo que vino a rescatar parte de sus herramientas favoritas. Algunos comerciantes pasaron la noche frente al comercio para cuidar, al menos, los escombros y proteger a sus compañeros de desdicha, de los robos. Aún no se puede ingresar con total libertad; al interior del mercado se observan pequeñas llamas que son controladas rápidamente por algunos bomberos que permanecen en el lugar y que han ayudado a vigilar desde las tres de la mañana.

Las pérdidas económicas fueron enormes, pero todos mencionan que lo importante es que no hubo víctimas fatales, que lo material se puede recuperar y que lo realmente valioso es que la comunidad está más unida que nunca, en torno a la tragedia. En las calles aledañas, varios vendedores y rebuscadores lamentan la situación, pero confían en que el comercio volverá a abrir sus puertas, pues es la única opción que tienen. La comunidad los necesita y, seguramente, los va a apoyar.

Algunos líderes de la comunidad empiezan a lanzar ideas y a convocar a los afectados con el objetivo de proponer planes de trabajo para la recuperación de lo perdido, la gente es entusiasta y sabe que con trabajo fuerte todo volverá a funcionar, además, saben que la comunidad los apoyará, como los ha apoyado desde hace más de 30 años cuando abrieron sus puertas, y tienen la certeza de que lo seguirá haciendo.

La confianza y esperanza tímidamente regresan en los afectados. Hablan de reiniciar, de volver a la lucha y de demostrarse a ellos mismos que todo es posible cuando existe un propósito y orden. Ésta comunidad desde una experiencia muy difícil, se reúne para estrechar sus lazos de solidaridad y para entender que ningún individuo avanza sin el apoyo de su comunidad”.

**Iluminación Bíblica**

**Del Libro de los Hechos de los Apóstoles (2, 42-45)**

*Todos se reunían asiduamente para escuchar la enseñanza de los Apóstoles y participar en la vida común, en la fracción del pan y en las oraciones. Un santo temor se apoderó de todos ellos, porque los Apóstoles realizaban muchos prodigios y signos. Todos los creyentes se mantenían unidos y ponían lo suyo en común: vendían sus propiedades y sus bienes, y distribuían el dinero entre ellos, según las necesidades de cada uno.*

Palabra de Dios.

**Vivencia Cristiana**

Pensar y hablar de la comunidad cristiana es considerar el ambiente y el lugar donde todos son acogidos y reconocidos como hermanos, donde se sienten valorados, visibles y eclesialmente incluidos. Hoy, en medio de todas las situaciones complicadas, de dolor y diferentes carencias, especialmente por todos los efectos de la pandemia, es necesario que todas nuestras comunidades eclesiales se experimenten discípulos y misioneros, miembros de la comunidad de Jesucristo Vivo y Resucitado, corresponsables en la vida y desarrollo de sus hermanos.

Por eso el ser Iglesia significa, ser hermano, que contribuye para hacer de nuestros lugares, espacios de fe, de encuentro, de esperanza, de solidaridad y de paz, y para lograrlo tenemos que fomentar esto, comenzando en nuestra propia familia, nuestra Iglesia Domestica (Hech 18).

El Papa Francisco en torno a la Iglesia doméstica afirma: *los discípulos Aquila y Priscila, que recibieron a San Pablo en Corinto, donde llegó el Apóstol a predicar tras su estancia en Atenas, éstos cónyuges “demostraron tener un corazón lleno de la fe de Dios y generoso hacia los demás, capaz de hacer espacio a quien experimenta la condición de forastero”. “Esta sensibilidad les lleva a salir de sí mismos para practicar el arte cristiano de la hospitalidad, y abrir las puertas de su casa para acoger al apóstol Pablo. Así, no sólo acogen al evangelizador, sino también el anuncio que lleva consigo: el Evangelio de Cristo”.*

El Santo Padre destacó cómo “la casa de Áquila y Priscila en Corintio abre las puertas no sólo al Apóstol, sino también a los hermanos y hermanas en Cristo. Pablo, de hecho, puede hablar de la comunidad que se reúne en su casa, la cual se convierte en una ‘domus ecclesiae’, un lugar de escucha de la Palabra de Dios y de celebración de la Eucaristía”.

El Papa Francisco explicó que Áquila y Priscila emergen, de entre los numerosos discípulos y colaboradores de Pablo *“como modelos de una vida conyugal responsablemente comprometida con el servicio a toda la comunidad cristiana y nos recuerdan que gracias a la fe y al compromiso en la evangelización de muchos laicos como ellos, el cristianismo ha llegado hasta nosotros”.* (Audiencia del Papa Francisco 13 de noviembre de 2019).

Por eso nuestra Iglesia doméstica, nuestro hogar, está llamado a ser fermento de la comunidad cristiana que se ampara y vive a la luz del Señor Jesús que nos reúne en torno a él, para tener experiencia de él, vivir de él, y así ser una Iglesia en salida que quiere mostrar la alegría de que el Señor Jesús está Vivo y Resucitado. Por eso, como hombres y mujeres de fe, enriquecidos por la experiencia de la presencia de Cristo entre nosotros, como los apóstoles Pedro y Juan, en los primeros pasos de la comunidad cristiana, que nos narran los Hechos de los Apóstoles, somos llamados para darlo a conocer en todos los lugares donde el hombre desarrolla su vida, aunque en muchos momentos nos quieran silenciar (cf. Hech 5, 27-33).

 Somos llamados para compartir la alegría y la esperanza del Evangelio (cf. EG 1) como una experiencia viva (cf. EG 9), donde ésta experiencia se hace latente en nuestras familias y después en el ámbito de la comunidad cristiana, donde nos convertimos en fermento de una masa nueva donde se mezcla la fe, la experiencia y la vivencia a partir del encuentro con Cristo Resucitado dentro de la comunidad (cf. *Amoris Laetitia* 86-88).

Por eso toda comunidad cristiana debe ayudar a formar a toda mujer y hombre, especialmente a nuestros pequeños, en su proceso cristiano mediante una experiencia viva y sólida con el Señor Jesús, que inicia a partir de un encuentro con Él (cf. DA 243-245), solo así es como podemos dar frutos según el corazón de Cristo (cf. Mt 7, 15-20), siendo solidarios, fraternos, justos, etc., expresiones efectivas de que nos hemos encontrado con el Señor Jesús y lo manifestamos mediante un testimonio con nuestra vida (cf. Hech 9, 36-42), en nuestra familia, en la comunidad cristiana y en todos los ambientes de nuestra vida cotidiana (cf. 1 Cor 9,16).

**Celebración**

**Instrucciones:** En familia se sentarán en torno a la Sagrada Escritura y el Cirio Pascual, se lee el texto de la noche de la resurrección y después orarán en familia, pidiendo a Jesús resucitado que los ayude en su caminar como familia para ser testigos de él hoy en el mundo.

**Materiales**

Sagrada Escritura

Cirio pascual

**Desarrollo**

En la hora convenida en familia en torno al Cirio Pascual y la Sagrada Escritura, un miembro de la familia lee el siguiente texto:

***Del Evangelio según San Juan 20, 19-25***

*Al atardecer de ese mismo día, el primero de la semana, estando cerradas las puertas del lugar donde se encontraban los discípulos, por temor a los judíos, llegó Jesús y poniéndose en medio de ellos, les dijo: «¡La paz esté con ustedes!». Mientras decía esto, les mostró sus manos y su costado. Los discípulos se llenaron de alegría cuando vieron al Señor. Jesús les dijo de nuevo: «¡La paz esté con ustedes! Como el Padre me envió a mí, yo también los envío a ustedes» Al decirles esto, sopló sobre ellos y añadió «Reciban al Espíritu Santo. Los pecados serán perdonados a los que ustedes se los perdonen, y serán retenidos a los que ustedes se los retengan». Tomás, uno de los Doce, de sobrenombre el Mellizo, no estaba con ellos cuando llegó Jesús. Los otros discípulos le dijeron: «¡Hemos visto al Señor!». Él les respondió: «Si no veo la marca de los clavos en sus manos, si no pongo el dedo en el lugar de los clavos y la mano en su costado, no lo creeré».*

**Palabra del Señor**

Leerlo otra vez con calma, descubrir las reacciones y actitudes de los apóstoles y darse unos momentos en silencio. Después se designa otro miembro de familia para que lea la siguiente reflexión de San Agustín.

**Reflexión Agustín de Hipona**

**Sermón 88, 1-2: Las llagas de Cristo**

***«Les enseñó las manos y el costado»* (Jn 20,20)**

Del mismo Apóstol son estas palabras: Ya no muere más, la muerte ya no tiene dominio sobre Él. Todo esto es bien conocido de vuestra fe. Pero debemos también saber que todos los milagros que obró en los cuerpos tienen por blanco el hacernos llegar a lo que ni pasa ni tendrá fin. Devolvió a los ciegos unos ojos que un día había de cerrar la muerte; resucitó a Lázaro, que nuevamente debería morir. Y todo cuanto hizo por la salud de los cuerpos, no lo hizo para hacerlos inmortales, bien que tuviera la intención de otorgar incluso a los cuerpos, al final de los tiempos, la salud eterna. Pero como no eran creídas las maravillas invisibles, quiso, por medio de acciones visibles y temporales, levantar la fe hacia las cosas invisibles.

Nadie, pues, diga, hermanos, que en la actualidad ya no obra nuestro Señor Jesucristo los milagros que antes hacía y, en consecuencia, prefiera los primeros tiempos de la Iglesia a los presentes; pues en cierto lugar el mismo Señor pone a los que creen sin ver sobre los que creyeron por haber visto. En efecto, la fe de los discípulos era por entonces en tal modo vacilante, que, aun viendo resucitado al Maestro, necesitaron palparle para creer.

No les bastó verlo con los propios ojos: quisieron palpar con las manos su cuerpo y las cicatrices de las recientes heridas; hasta el punto de que el discípulo que había dudado, tan pronto como tocó y reconoció las cicatrices, exclamó: ¡Señor mío y Dios mío! Aquellas cicatrices eran las credenciales del que había curado las heridas de los demás.

¿No podía el Señor resucitar sin las cicatrices? Sin duda, pero sabía que en el corazón de sus discípulos quedaban heridas, que habrían de ser curadas por las cicatrices conservadas en su cuerpo. Y ¿qué respondió el Señor al discípulo que, reconociéndole por su Dios, exclamó: Señor mío y Dios mío? Le dijo: ¿Porque me has visto has creído? Dichosos los que crean sin haber visto.

¿A quiénes llamó dichosos, hermanos, sino a nosotros? Y no solamente a nosotros, sino a todos los que vengan después de nosotros. Porque no mucho tiempo después, habiéndose alejado de sus ojos mortales para fortalecer la fe en sus corazones, cuantos en adelante creyeron en él, creyeron sin verle, y su fe tuvo gran mérito: para conquistar esa fe, movilizaron únicamente su piadoso corazón, y no el corazón y la mano comprobadora.

Después un momento de silencio y nos preguntamos en familia

-¿Qué nos falta para que, como Iglesia domestica, seamos anunciadores de la Resurrección de Cristo?

-¿Como familia a qué le tenemos miedo cuando se nos invita a ser testigos de la Resurrección de Cristo?

-¿Cuántas veces he negado a Cristo en mi vida, por miedo, ignorancia, y por querer quedar bien con los demás?

-¿Verdaderamente he tenido un encuentro con Cristo vivo que me ha forjado convicciones, o sólo me dejo llevar por lo que dicen los demás?

Oración

Padre Celestial, gracias por el don de nuestra familia. Ilumina nuestros corazones y mentes para que podamos vivir más plenamente esta vocación al amor. Que en nuestra vida y nuestro trabajo cotidianos, reflejemos el amor generoso que Tú, Padre, muestras eternamente con Tu Hijo y el Espíritu Santo. Que tu amor sea evidente en la paz que reina en nuestro hogar y en la fe que profesamos y vivimos. Que nuestra familia sea siempre un lugar de generosidad, comprensión, perdón y alegría. Concédenos por tu misericordia el valor de dar testimonio de tu eterno designio para la familia y permite que la Sagrada Familia de Nazaret guíe siempre nuestro camino a la santidad como familia. Te lo pedimos por Jesucristo Nuestro Señor, Tu Hijo, que contigo vive y reina en la unidad del Espíritu Santo, y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

**Compromiso de Vida**

En familia ¿A qué nos comprometemos para ser testigos de Cristo vivo y Resucitado?